



CRÍTICA
MAURICIO
BERNAL

Lo que llevamos auestas



'Cuál es tu tormento'

Sigrid Nunez
Anagrama
Páginas: 200. Precio: 18,90 €

Hay epígrafes que no se andan con rodeos y ese es el caso del que precede las páginas de *Cuál es tu tormento* (Anagrama), de la neoyorquina Sigrid Nunez, la escritora galardonada con el prestigioso National Book Award por su anterior novela, *El amigo*. «La plenitud del amor al prójimo estriba simplemente en ser capaz de preguntar: '¿Cuál es tu tormento?'», le espeta Simone Weil al lector, o lo hace Nunez a través de Weil, y la cita es tan directa y sintetiza tanto las casi 200 páginas que siguen que casi tiene la tersura de una obertura. Este es un libro sobre la sensibilidad. Sobre la humanidad, aquí entendida como la capacidad de comprender que todos tenemos una historia detrás, un sufrimiento, un tormento. Y que la única manera de entender al otro — casi, de entender el mundo — es entender el fardo que carga auestas.

Este no es un libro sobre una mujer que acompaña a su amiga en el fatídico trance de morir. En realidad, las páginas en las que eso ocurre funcionan como desembocadura. Antes de eso, Nunez ha delineado un personaje plenamente en contacto con el mundo, con el otro,



Marion Ettlinger

La escritora neoyorquina Sigrid Nunez.

una mujer siempre dispuesta a ver, a escuchar y a entender. La presencia del otro a lo largo de la novela es, por lo tanto, abrumadora: todas esas historias que ocurren a nuestro

alrededor sin que nos demos cuenta. En la puerta de al lado, en el edificio de enfrente. No es casualidad que la obra esté poblada de recurrentes inicios como este: «Una mujer está deprimida porque su marido ha sufrido un infarto y ahora se pasa todo el tiempo viendo programas de televisión malos». Así funciona, como una seguidilla de pequeños cuentos, las historias de las que la protagonista es testigo, las que moldean su relación con el mundo (y aquí, quizá, habría que sacar a

descartado la literalidad, pero hay que mencionarlo porque al fin y al cabo la interpelación del título original es más amplia: qué te está ocurriendo ahora mismo. Por qué estás pasando. Dime. Cuéntame).

Y así desemboca la historia en ese acompañamiento para morir. No hay muchos ejercicios que pongan a prueba eso, justamente: la capacidad de ponerse en la piel del otro. Puede que sea una de las pruebas mayores de la amistad, de hecho, y aquí llega la protagonista, con todo ese bagaje auestas, esa comprensión — o al menos, esa intención de comprender —, y se pone al servicio de su amiga. Se suceden entonces páginas de singular belleza, esa es la palabra, donde rezuma la capacidad de Nunez para hablar sobre el dolor, la pérdida o la muerte sin caer en lo sentimental, haciendo el esfuerzo literario de ponerse a un lado de la puerta y ser testigo de los hechos. Morir, querer morir, prepararse para hacerlo es algo que toma tiempo, que requiere *hacer cosas*, que puede incluso dar lugar a una rutina. Y ahí están las dos amigas, viviendo esa rutina, tratando de comprenderse mutuamente. Cómo hemos llegado hasta aquí y qué es todo eso que traemos auestas. De eso se trata. ■



CRÍTICA
OLGA
MERINO

El silencio de las arañas

El tercer libro de Jazmina Barrera (Ciudad de México, 1988) insufla savia fresca a la novela de aprendizaje, con nuevos códigos, mediante las historias entrelazadas de tres adolescentes —Mílada, Dalia y Citlali— en su tránsito hacia la adultez, hacia las violencias de la vida. La muerte repentina de una de ellas sirve de fulminante para bucear entre capas superpuestas de tiempo y sustancia: la transformación del cuerpo, la pérdida (o liberación) de la virginidad como rito de paso, el aborto y la decisión respecto de la maternidad, la toma de conciencia política y, sobre todo, la búsqueda de una identidad propia.

En su camino de iniciación, la narradora (Mílada/Mila) comparte con el lector de *Punto de cruz* el descubrimiento de sus referentes culturales, de marcado y feliz gusto anglo: la música (The Kinks, PJ Harvey), los libros (las hermanas Brontë, Philip Larkin, Angela Car-

ter) o la pintura (el cuadro *Ofelia*, del prerrafaelita John Everett Millais). También, los viajes: a Londres, a París, a campamentos de alfabetización en el México más pobre, donde las tres chicas se conectan con el bordado, con las técnicas milenarias de los pueblos indígenas, y prosiguen, como arañas silenciosas, tejiendo su amistad entre hilos y complicidades.

Un ornamento precioso —el dibujo de una aguja enhebrada— separa los párrafos de la novela de aquellos fragmentos más ensayísticos, donde Barrera explora la intrahistoria del bordado, desde la mitología clásica hasta el redescubrimiento del arte textil por parte de los nuevos feminismos, secciones que confieren a la obra su pleno sentido. A fin de cuentas, todo lo que merece perdurar —el arte, la amistad, el amor— está hecho puntada a puntada. ■



'Punto de cruz'

Jazmina Barrera
Editorial Tránsito
240 Páginas. 18,90 €

PERIFÉRICOS Y CONSUMIBLES

Una ironía se balanceaba...

Con la ironía pasa como con la familia: si es la nuestra, la defendemos a muerte; si es la de otros, todo lo que hace nos da por el saco. Nuestra ironía es señal de perspicacia, de sutileza y de humor inteligente (esa entelequia). La ironía de los demás, cuando nos acomete y nos alancea, es muestra de mala leche, insidia e incontinencia. Lo que es libertad para ser irónico en mi caso, es pésima educación y chulería en mi vecino. El poseedor del don de la ironía toma distancia, quizá demasiada, y muestra con qué destreza la usa. Genio y figura (retórica). La ironía, dicen, es la gran figura de la *posmodernidad*, que es como no ser nada y, además, parecerlo.

En un trabajo clásico, o sea, de mil novecientos ochenta y uno o por ahí, Stanley Fish dejó sentado que «los bajitos no tienen razón de existir» y se le pusieron de uñas lirios y tiranos (no se acordaban, ay, los intransigentes, de que Tito Monterroso decía aquello, más o menos, de «los bajitos tenemos el don de reconocernos en la multitud»). Hablaba, claro, aquel rey pescador de la crítica a quien calificaban de moderno sofista, de algo que no tenía que ver ni con los bajitos ni con su exterminio masivo, sino con lo que las palabras dicen y esconden, con el daño que producen y el bálsamo que procuran. De los niveles de lectura, de polifonías, de «bajtinadas» que

entonces lo eran todo. Tenía razón el escurridizo Mi-jaíl, que también contenía multitudes.

Los irónicos, los ironistas, los ironólogos —Wayne Booth, Pere Ballart, Iris Zavala, los narradores más o menos judíos norteamericanos del siglo veinte, los monologuistas que no van al club de la comedia—

hablan de miradas que se cruzan, de mentiras que se crecen, de voces que se imponen y de otras que se han silenciado, de relatos que se quedan en la superficie sin causar heridas, de espacios de poder, de libertad, del *síperono* de las motos que nos quieren vender (*mobyettes* por *jarleis*). La casa de la ironía tiene muchas ventanas. Mirar a través de ellas, como de un *storyboard*, como del edificio de-

mediado del 13, *Rue del Percebe*, como de los tejados *ayusinos* del Diablo Cojuelo, nos permite atisbar que, efectivamente, el rey está desnudo, aunque viva en Abu Dabi, y que ya está bien de tanto *a-ba-ni-bí-a-bo-e-be*. Y siempre nos queda el recurso de inventarnos la revista *The New Joker*. No tendría unas portadas tan impactantes como las de su hermana casi homónima, tan *cool* ella, pero nos permitiría ir retirando el maquillaje que tapa los poros, los peros y las sonrisas del rostro que mostramos. ■

JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ

